



## RENDIBÚ 18 FESTIVAL DE ARTES

Hasta el 17 de mayo se difundirán los trabajos del concurso en 'La Verdad' y laverdad.es  
RENDIBÚ: El arte toma los medios

# RELATOS

«Llámame». No puede dar lugar a mucha interpretación, no quiero que puedan estancarse pensando en por qué dije esto o por qué dije aquello, solo: «Llámame». Este mensaje resonará en la cabeza de mi padre durante toda su vida. Se meterá en la cama y: «Llámame», se estará duchando y: «Llámame», estará viendo el fútbol y: «Llámame». Si mi cabeza es el parlamento, mis manos escribiendo el mensaje de WhatsApp son Guy Fawkes. Mando el 'whatsapp' a 'AA.Papá', y espero. En la foto de perfil sale con mi madre en un viaje que hicieron a Segovia, la foto tiene un filtro de esos en el que la bandera de España ocupa toda la foto con una opacidad al 50%. Mitad mis padres, mitad España. Ni siquiera tiene el doble 'check', debe de estar a punto de salir del trabajo y tiene el móvil apagado, nunca lo enciende en el trabajo.

Desde hace años solo consigo dormirme cuando pienso en el suicidio, nunca he tenido intención de hacerlo, pero había algo relajante en imaginar y planificarlo todo. Siempre tenía en cuenta cómo encontrarían el cuerpo, intentando que fuese lo menos traumático posible. Durante mucho tiempo pensé que la expresión 'liarse la manta a la cabeza' venía de cuando la gente se suicidaba disparándose a la cabeza y antes se la envolvían con alguna sábana para que los sesos y los trozos de cráneo no salpicaran y nadie tuviese la faena de limpiarlo. La historia es falsa pero me gusta contarla. Los pequeños detalles de cortesía en la preparación de la muerte es lo que más me interesa. Jacques Rigaut utilizó una regla para asegurarse de que la bala atravesara su corazón, se acostó en la cama completamente rodeado de almohadas y se mató. Las almohadas las puso para prevenir que el cuerpo se moviese mucho con la sacudida del disparo. Haciendo pruebas calculé que Jacques tuvo que estar no menos de 5 minutos poniendo todas las almohadas a su alrededor, apretando fuertemente una a una contra el cuerpo hasta quedar completamente sitiado de cojines. A la fuerza uno de los brazos tuvo que quedar desprotegido. Me gusta pensar que una pequeña fracción de su mente debía estar ocupada en ese detalle. He dividido las formas de suicidarme en tres categorías: las locas, las explosivas, y las reales. En la primera categoría tengo fantasías imposibles, como inyectarme anestesia general y ser devorado por homíggas de fuego, en mi delirio imaginé que todo mi cuerpo es insensible pero yo estoy consciente y veo

## FELIPE III

ROSE SÉLAVY (PSEUDÓNIMO)



:: M. SAURA

poco a poco cómo mi carne va desapareciendo. Buffet libre de mí. La segunda es la que me produce más tranquilidad y con la que más veces me he quedado dormido, me imagino debajo de la cama con la cabeza entre

las rodillas agarrándome las piernas en una posición fetal muy forzada donde mi cabeza se ve completamente envuelta por mis piernas y mis brazos. Dentro de mi boca, una granada con la anilla asomando. Me quedaría

así hasta que mi cuerpo no aguante más y la columna me empezase a doler. Entonces, con mucho cuidado metería mi mano entre las piernas hasta llegar a mi boca, quitaría la anilla como una colilla y esperaría. En esos tres o cuatro segundos, quién sabe, es donde yo querría vivir. Si después de la muerte hay algo tengo intención de decir: «Nunca me sentí tan vivo como en esos segundos». La última es la más aburrida y a la que menos tiempo le dedico, pastillas con alcohol, venas, cuchillas, etc. Es la opción más precipitada, creo que si uno va a acabar con su vida, qué menos que esforzarse un poco. Si mi cabeza es el Dodge de Carrero mis manos son ETA. Aparece el segundo 'check'.

Escogí la opción explosiva. Al decidirlo sentí lo mismo que cuando dejé el trabajo: «Sí, definitivamente he hecho bien». Mi mente saltando por los aires como fuegos artificiales, un 4 de julio cognitivo, mis ideas y mis recuerdos desparramados contra el techo. Sé que es una putada pero no hay sábana que pueda contenerlo, me da pena la persona que tenga que limpiarme. La opción de la granada era una utopía, ¿De dónde coño saco una granada? ¿Y si daño el edificio? Tuve que optar por comprar petardos gordos por internet. Al principio me pareció una opción estúpida y precipitada, pero me estuve informando y era bastante factible. Mi plan era comprar muchos y separar la pólvora de la arena para formar un único explosivo capaz de volarme la puta cabeza. Según pasaban los días me di cuenta de que aquella historia me tenía inesperadamente ilusionado, empecé a pensar que a lo mejor disfrutaba tanto con el proceso que al final ya no tenía ganas de hacerlo. Ya está en línea.

Me llevé apenas una semana tenerlo todo preparado. Como no tenía el papel adecuado para envolver la pólvora reutilicé el papel marrón de los petardos y lo envolví bien para que la explosión fuese potente. Explota un petardo sobre tu mano abierta y tendrás quemaduras de segundo grado, cierra el puño con el petardo dentro y no podrás volver a masturbarte con esa mano. Esto me lo enseñó Bruce Willis en Armageddon. Si no lo envuelves con fuerza la explosión se atenúa y podría correr el riesgo de no morir al momento, o peor, quedarme lisiado de por vida. El resultado final fue una especie de fardo de cocaína gigante cilíndrico y alargado, un globo de payaso lleno de pólvora. La única opción era envolverme al cuello. Encontrarían mi cuerpo descabezado, el resultado era lo que buscaba, pero quería saborear los segundos an-

tes de la explosión, esos tres o cuatro segundos de espera que me habría dado la opción de la granada. Si hay algo después de la muerte quiero poder decir la frase que tenía preparada, esos segundos debía recuperarlos de alguna forma. La mejor opción, la más poética, era que mi padre detonase esta especie de guillotina explosiva. Esta fue la parte más difícil, tuve que aprender un poco cómo funcionaba la detonación de un explosivo, cómo se hace la conexión del cableado con la pólvora, no es simplemente pinchar el cable en el explosivo como en las películas. Y luego, claro, tuve que pensar cómo hacer para que la electricidad del móvil hiciese detonante. Esto antes era más fácil, en los 90 los móviles se podían abrir con facilidad y su funcionamiento interno era electrónicamente más intuitivo, ahora si abro mi iPhone solo veo placas metálicas que no sé qué son. La forma más fácil es poner el móvil con sonido e introducir un minijack con cable pelado, la potencia es mínima pero suficiente. Ya lo ha leído, doble 'check' azul.

Bloqueo el teléfono. Bloqueo el teléfono y me veo reflejado en la pantalla negra, el explosivo marrón al cuello parece un collar isabelino. Ahora soy una versión ciberpunk de Felipe III, luego será una versión gore de Luis XVI. Nunca me ha palpitado tan fuerte el corazón. Mis orejas están calientes y tengo náuseas. Pienso en los habitantes de Nagasaki viendo caer algo negro desde el cielo. Miro el móvil. Pienso en el condenado de pie en el patíbulo mirando al verdugo. Miro el móvil.

Se ilumina.

Todo se vuelve oscuro.

El móvil suena.

Está sonando, ¿por qué lo oigo? Escucho el Dies Irae de Verdi, lo puse como tono de llamada pero nunca supe si me daría tiempo a oírlo.

Sigue sonando.

Me recompongo y asimilo qué está pasando.

Sigue sonando.

Lo cojo y todo está quieto, mi temblor y la vibración del móvil se contrarrestan. ¿Por qué no ha explotado? ¿Por qué mi cabeza sigue en mis hombros?

—Acabo de leerte, ¿qué ocurre?

—¿Qué? No... nada, papá, era por si tenías una cosa pero ya está.

—¿Qué cosa? ¿Pasa algo?

—No, no, una cosa del coche, da igual, ya está solucionado.

—Ah vale. Bueno, pues te dejo que la mamá me está esperando.

—Claro, ya hablamos.

Joder, menos mal que no ha explotado.